

EN BLANCO

Nona Rubio

En Blanco
© 2010 Nona Rubio
Todos los derechos reservados.

PRÓLOGO

Adoro a las personas que sueñan con imposibles. Quizá por eso, la inclusión de las Carolinonas (Carol y Nona) en el grupo expedicionario de Carlos Pauner al Broadk Peak en junio de 2007, al fondo del glaciar de Baltoro, en el Himalaya pakistaní (Karakorum), fue lo que definitivamente me incitó a enrolarme como médico del grupo. En mi decimoquinta incursión por los himalayas había pocas cosas que pudieran resultarme novedosas, con especial mención de las motivaciones de los heroicos e intrépidos occidentales (o sea, nosotros) que por allí se aventuran. En mi opinión, todos buscan y cuentan lo mismo. Nada nuevo bajo el sol. Así que las Carolinonas, novicias en el asunto, con un sustrato orgánico que según los libros y los sabios oficiales contraindicaba la aventura, y con motivaciones para mí totalmente diferentes y novedosas en estos lances, supusieron el definitivo y determinante ingrediente. Me encanta romper moldes y ellas, lo hacían a tope. Dos muñequitas de porcelana en un mundo de tipos duros. Interesante el asunto.

Conocí a Nona Rubio un esplendoroso y florido 12 de mayo de 2007, en que acudí al Hospital Clínico Universitario de Zaragoza, para realizarse las pruebas clínicas que yo había previsto practicarle como médico del grupo. Al día siguiente, subimos a Moncayo. Un Moncayo furo y gris, con niebla y viento huracanado. Ese cierzo helador que tanto endurece a las gentes de esta tierra, bravas de batuda y cachirulo. Desde el primer momento tuve la sensación de que, entre Nona y yo, se cumplía ese aserto atribuido a Paul Valéry que dice: "*Hay otros mundos, pero están en éste*". Venus y Marte dando vueltas en el mismo sistema, pero en órbitas diferentes, sin encontrarse juntos nunca. Nona y yo. El tiempo, ratificaría mi diagnóstico.

Pero hay que buscar acercamientos o, al menos, algún tipo de alineamiento orbital. No era fácil. Nona ocultaba con unas enormes gafas de sol sus bonitos ojos como si temiese que alguien, mirándose en ellos, desnudase su alma.

Bien, en esas estábamos cuando Nona me sorprende demostrándome que, como siempre, cuando creemos que ya no nos queda nada, todavía nos queda la palabra. Una palabra que no supimos hacer valer oralmente entre los dos, seguramente porque ella habla poco y yo soy sordo. Una palabra pensada y escrita en lo que, yo creía (por su afán al hacerlo durante la expedición), era una especie de diario íntimo, pero que ha convertido en un relato motivado, al que amablemente le pongo un prólogo.

Siempre he pensado que la palabra (pensada, escrita o hablada) es la fuente de todo conocimiento, de toda luz, de todo acercamiento, de todo entendimiento. En este caso, también.

Nona ha hecho uso de la palabra. Y me gusta, porque en su relato, prefiere ser auténtica a ser fuerte. Porque busca su camino, y siempre he pensado que quien lo encuentra y lo anda, él es la fuerza, la dirección y la meta, y nada ni nadie puede detenerlo. Porque en la vida, hay gente que es y otra que simplemente está. Y Nona es. Te gustará o no. Congeniarás con ella o no. Estarás en otra órbita. Pero es, porque escapa sin ambages del diagnóstico aristotélico: *“La vulgaridad suprema del rebaño humano, se manifiesta en su preferencia por el tipo de vida que lleva una vaca”*.

Léanse la historia himaláyica de Nona. Es fresca, original, contada con un estilo ágil, directo, moderno y sobrio. Pero sobre todo es una historia auténtica, vivida, y totalmente distinta de lo que suele ser habitual en este tipo de relatos contados por héroes expedicionarios, aventureros y subemontañas. En ella, descubrirán además a la otra Nona: la Nona que sufre y padece su propia idiosincrasia. Que, pese a su aparente independencia e individualismo, se siente sola; que padece y describe de maravilla ese mal de montaña del que, como decía Charles Houston, *“pocos mueren, pero muchos desearían hacerlo”*. O casi, con una depre que no veas y que, gracias a la medicina del hombre blanco, se resuelve completamente con cuatro fármacos y un descenso a menor altura.

Pero sobre todo es la historia, sincera y bien contada, de un ser humano valiente que, buscándose a sí mismo (buscando el blanco) en un momento complicado de su devenir vital, y sin saber muy bien dónde se mete, se enfrenta decidido con sus dudas, sus defectos y virtudes, sus fortalezas y debilidades, en la inmensa soledad que solo es capaz de hacer sentir ese medio impresionante, difícil, aislado y hostil, que son las grandes montañas. Esas grandes montañas que a todos nos ponen en nuestro justo sitio y en las que, quizá sin que ella y yo nos diéramos cuenta, hubo momentos en los que, sin chocar, Marte y Venus coincidieron en sus órbitas... ¿o no?

J. R. Morandeira

EN BLANCO

*A mi madre, la vena.
A mi padre, la resistencia.*

Siempre me han gustado los viajes largos, los países en los que no consigo encontrar ni una sola de mis rutinas, los horizontes que nada tienen que ver con mis manías de cada día.

Lugares que me prometen el blanco, ese paisaje sin imagen que busco cuando ya no se qué estoy buscando.

Cuando en abril de 2007 surgió la oportunidad de poder viajar a Pakistán para hacer el trekking del glaciar de Baltoro junto a la expedición de Carlos Pauner, no lo dudé demasiado. En aquel momento mi vida empezaba a necesitar un respiro, y aquella escena en el corazón de Karakorum aparecía como la promesa de un blanco perfecto.

Espacios infinitos, océanos de roca y hielo, las montañas más altas del planeta, una cultura radicalmente opuesta a la nuestra, ausencia de distracciones ociosas y pocas posibilidades de comunicación con el mundo que dejábamos atrás.

El paréntesis perfecto lejos de mi vida para pensar en mi vida.

Pero ese sueño amable se volvió feroz y exigió tanto de mí misma que casi no pude pensar. Entonces supe que eso era precisamente lo que necesitaba.

Tierra, un suelo donde pisar, un desafío real. Una meta tangible a cuatro mil novecientos metros y el medio para conseguirlo, mi esfuerzo.

PRIMERA PARTE

BARCELONA EN ABRIL DE 2007

El porqué

¿Existe siempre un porqué?

¿Tienen respuesta todas las preguntas?

No lo creo, y si es así, será que hay respuestas que no entendemos.

Unas veces hacemos las cosas porque sí. Otras, las forzamos.

Pero hay otro porcentaje en el que un algo incierto parece guiarnos hacia un paso no previsto. Cuando eso ocurre hay que atrapar la ocasión al vuelo.

Así ha sido.

Ha sonado el teléfono. He descolgado. Era Carol desde Zaragoza. Hemos cruzado las palabras justas y enseguida ha ido al grano: Carlos está preparando su próxima expedición al Broad Peak y le ha propuesto acompañarle durante el trekking hasta el campo base. Ahora ella me lo propone a mí.

Carlos es la actual pareja de mi amiga Carol y también un alpinista dedicado a la singular carrera de alcanzar la cima de los catorce ocho miles, las catorce cimas más altas del planeta situadas en las cordilleras de Himalaya y Karakorum. Su próximo reto: sumar el Broad Peak (8.048 metros) a la lista de los ya conseguidos.

Escucho atentamente sus palabras mientras miro por la ventana.

La propuesta causa en mí el mismo efecto de cosquilleo que esas mariposas que revolotean por dentro cuando uno está enamorado. Huelo a nuevo. Sigo mirando por la ventana pero el horizonte ya no es el que era. En el cielo hay rosas y naranjas que no existen en la gama de colores pantone. Comienzo a sentirme más viva y pienso que nos movemos dentro de límites muy pequeños. Carol continúa hablando. Carlos le ha dicho que éste es uno de los trekking más alucinantes del mundo. La respuesta, sin duda, es sí.

En poco más de un mes estaremos rumbo a Islamabad (Pakistán) desde donde partiremos, junto con la expedición de Carlos Pauner, hacia el campamento base del Broad Peak, en la cordillera de Karakorum.

Y aquí estoy, a punto de embarcarme en este viaje raro con el que, en apariencia, nada tengo que ver. Pero yo buscaba un paréntesis con mayúsculas y, simplemente, ha ocurrido.

¿Hay una opción mejor contra el óxido de la rutina que la visión de las cumbres más altas del planeta?

A cada uno nos mueve una razón hacia este viaje. Lo que hagamos de él está por ver.

Desde aquí me gusta imaginar que voy a observar las cosas desde otro cuerpo que no es el mío.

La dificultad

Karakorum es una de las grandes cordilleras de Asia. Se encuentra en el extremo norte de los Himalayas, en la frontera entre Pakistán, India y China. A lo largo de sus casi quinientos kilómetros de extensión se localizan cuatro de las catorce cimas de más de ocho mil metros de la tierra: el mítico K2, el Broad Peak, el Gasherbrum y el Hidden Peak, además de unos setenta y siete miles.

Karakorum también es la parte del mundo con más glaciares fuera de las zonas polares, entre ellos el glaciar de Baltoro, uno de los parajes de montaña más impactantes del planeta que forma parte de la ruta de aproximación hacia el campo base (4.900 metros) del Broad Peak (8.047 metros). El trekking transcurre por la tierra de los Baltis, una etnia sumida en modos de vida medievales.

Llegar hasta el base (4.900 metros) ya supone un esfuerzo importante. Más aún para alguien que no ha dedicado mucho tiempo al deporte en su vida: yo misma. Así que, a partir de ahora, tendré que tomarme en serio una puesta a punto. La ascensión supondrá aproximadamente unos seis días, por seis horas diarias de marcha, hasta alcanzar los cuatro mil novecientos metros.

Una vez allí, y si todo va bien con la altura, cuatro o cinco días en el base conviviendo con otras expediciones en periodo de aclimatación.

De vuelta el mismo plan, aunque de bajada.

Pero la mayor dificultad no reside precisamente en todas las horas o días de marcha, sino en las bajas presiones atmosféricas de oxígeno.

Nadie podría sobrevivir indefinidamente por encima de los cuatro mil ochocientos metros, ya que la disminución brusca de oxígeno altera los procesos mentales y corporales más elementales.

Como hipocondríaca declarada me he informado sobre posibles síntomas.

Dolor de cabeza, bastante frecuente. Se considera la manifestación de la hipertensión craneal producida por el edema cerebral incipiente.

Insomnio, provocado por paros cortos e intermitentes de la respiración durante el sueño, fenómeno relativamente normal a partir de los tres mil quinientos metros.

Y otros como náuseas, vómitos, incoordinación de movimientos, cambios psicológicos...

Por otro lado, están los condicionantes climatológicos. Temperaturas que, por la noche, bajan hasta los 20° bajo cero, viento fuerte, nieve...

Es importante que empecemos a organizar bien nuestro equipo. Ropa térmica, unas buenas botas, un buen saco, cantimplora... lo justo. Ni más, ni menos.

Entre preparativos, el viaje ya ha comenzado.

Los relatos de Reinhold Messner, el primer alpinista que consiguió subir en solitario y sin oxígeno suplementario al Everest, me ayudan a viajar sin moverme del sitio.

Este fragmento de su diario ilustra perfectamente las secuelas del mal de altura:

«¿Hay alguien hablando por aquí cerca? ¿Hay alguien ahí? Y de nuevo vuelvo a escuchar solamente el soplo de mi respiración y el latido de mi corazón. Pero, ¿otra vez están ahí? En medio de este silencio, cualquier ruido, cualquier sonido más intenso que el rumor del aire se traduce en una palabra. Me asusto a menudo porque me parece escuchar por aquí cerca unas voces: serán las de Mallory y de Irvine?»

(...)

«Aquellas voces de nuevo: las había oído hace dos años en el Nanga Parbat...»

Mi fuerza de voluntad se debilita; cuanto más ando menos importante me parece llegar hasta la cima y me siento más indiferente hacia mí mismo. La atención ha disminuido y mi memoria se ha ido debilitando. Noto que el agotamiento psicológico es aún mucho más intenso que el agotamiento físico: sería tan agradable sentarse por aquí cerca, y sin hacer absolutamente nada. Pero... ¡por eso mismo tan peligroso! Entonces, la muerte por agotamiento debe ser como la de la congelación, bastante agradable...».

Cierro el libro y cierro los ojos. Imagino a Messner rodeado por la soledad de un blanco infinito, contemplando la nada hasta que la nada lo contempla a él y los dos son uno.

Reflexiones de madrugada

Todo esto de la falta de oxígeno y de cómo afecta a los procesos mentales me hace preguntarme qué rayos somos.

Nos creemos algo sólido, cuando esa supuesta personalidad que defendemos es algo tan frágil que puede transformarse radicalmente mediante un proceso químico.

¿Quiere eso decir que nuestra identidad, nuestro temperamento, están forjados por células autónomas y no por intención y esfuerzo?

¿Dónde estamos nosotros entonces?

¿Y si al final toda esa batalla del hombre por trascender se reduce a nada?

Me duermo con la duda de no ser nada. En el sueño, veo mi cuerpo flotar y tiro de él hasta atarlo fuerte a mí misma, pero las cuerdas tiran hacia arriba y hacia abajo, hacia la derecha y hacia la izquierda, tiran tanto que me dejan inmovilizada y tengo que volver a desatar todos esos nudos para poder escapar. Todo ha perdido su peso. Ahora, mi sueño es profundo. Estoy a ocho mil metros.

La motivación

Este viaje y sus montañas aparecen como un desafío a mis limitaciones.

Desde que decidí ir, he tenido que empezar a poner a punto mi resistencia con un entrenamiento diario, que va en aumento. También, he renunciado a *ciertos hábitos* no saludables.

Me gusta lo que esta disciplina está suponiendo en mi vida.

Los objetivos a corto plazo facilitan las cosas.

Lo peor de la vida es no saber qué hacer con ella.

Las montañas y no cualquier otro sitio

Por alguna razón, las montañas tienen el poder de evocar un intenso sentimiento de lo profundo. En China, eran consideradas hasta tal punto como lugares ideales para la meditación y la transformación espiritual, que la antigua expresión china que indica la práctica de la religión significa literalmente "*penetrar en las montañas*".

Religiones de todo el mundo tienen sus montes sagrados: el Kailas para los hinduistas, el Sinaí para los judeo-cristianos, el Athos para los griegos, el Teide para la cultura guanche, el Tai Shan para los budistas... Y en torno a ellas, leyendas misteriosas como las de Montserrat, uno de los centros esotéricos más importantes para el mundo occidental, donde se dice que estuvo el Santo Grial.

Me pregunto cuántas de esas respetables montañas no se han convertido en un circo.

Cada vez es más difícil encontrar un lugar en el mundo a salvo del propio mundo.

El viaje empieza antes

El viaje comienza desde que lo planeo. Entonces, la perspectiva de las cosas aparece nueva. Los colores son diferentes. Brillan más. Escucho viejas canciones como si fuera la primera vez. Ya no tengo prisa. Todo está en marcha.

Hoy hay un cielo plomizo y espeso. Me gusta. Como si fuera un domingo radiante, decido ir a Sitges a comer una paella. Espero el tren en el andén mientras escucho «*Out of Time*», de Blur.

*“Where’s the love song?
To set us free
Too many people down
Everything turning the wrong way around
And I don’t know what love will be
But if we start dreaming now
Lord knows we’ll never leave the clouds”*

Cuando ya estaba en otro sitio veo a alguien frente a mí que me habla. Me quito los cascos. Me dice que es una mujer en el cuerpo de un hombre, que su familia no le acepta, que ha entrado en una profunda depresión, que busca con quien hablar. Yo no sé qué decir. Me quedo atónita. Balbuceo palabras. Sí, no, claro, ya...

Llega el tren. Me despido. Pienso. Hay muchos mundos que no están en el mío. Me pongo los cascos. Vuelvo al abrigo de mi burbuja.

El plan

Hoy Carlos me ha enviado por mail la ruta que seguiremos.

«Hola Nona (...) Ya verás como el viaje no desmerece en nada a tus expectativas. Pocos lugares del mundo serán tan impresionantes, salvajes y bellos como éste. La ruta es muy sencilla. Desde Islamabad, hay que llegar a Skardu, bien sea en avión en cincuenta minutos (suele ser difícil pillar meteo buena para ese vuelo) o por carretera en dos días largos. Desde Skardu, en jeeps, hasta Askole (3.000 mts), el último pueblo que veremos. Allí comienza la marcha de aproximación.

Las etapas: Jhula (3.200 mts), Paiyu (3.600 mts), Urdukas (4.000 mts), Goro 2 (4.400 mts), campo base (4.900 mts). A veces se descansa un día entero en Paiyu y otras no, dependerá de nuestras ganas (...) La vuelta se suele hacer por el Gondogoro, un collado a 5.700 mts de altura, con nieve, con un tramo un tanto difícil. Es una opción, porque la vuelta por ahí es dos días más rápida, pero eso se verá sobre la marcha. Si no, se baja por el mismo sitio.»

Hoy estaba perezosa pero, en cuanto lo he leído, he decidido levantar el culo del sofá e irme a entrenar. Ya no puedo bajar la guardia. Sólo queda un mes, y yo no estoy en forma.

BARCELONA EN MAYO DE 2007

Examen de altura

Para prever incompatibilidades con el mal de altura, hay unas cuantas pruebas médicas por las que tendremos que pasar toda la expedición antes de marchar: análisis de sangre incluyendo eritropoyetina/epo (una hormona que regula el aporte adecuado de oxígeno en sangre cuando éste desciende notablemente), placa de tórax, prueba ergométrica (resistencia), ecocardiograma, resonancia cerebral y tests psicológicos.

El mal de altura varía mucho de una persona a otra, y no tiene nada que ver con la forma física. Al nivel al que estaremos habrá casi la mitad de oxígeno que al nivel del mar y será normal que suframos alguna de sus consecuencias.

Sábado 12 Mayo

Hoy hemos superado la primera parte de las pruebas médicas en Zaragoza: resonancia cerebral y tests psicológicos.

Las dos pruebas forman parte de un estudio sobre cómo afecta la altura al funcionamiento del cerebro humano. La altura puede producir cierta atrofia cerebral, que normalmente es recuperada al cabo de un tiempo. Cuando regresemos, volverán a hacernos otra resonancia para compararla con la primera.

En general, los resultados de las resonancias han sido buenos. Si hay una excepción es la del cerebro de Carlos que, según Morandeira, ya está un poco *tocado*. Nada raro en alpinistas que han superado unos cuantos ocho miles.

Después, hemos pasado por los tests psicológicos. Los haremos aquí, en el campo base (4.900 metros), y de nuevo a la llegada a España. Sus comparativas también ayudarán al estudio de las alteraciones en las funciones mentales y de conducta ante la falta de oxígeno.

Esto último ha sido un rollo. Habrá que ver si cumplimos la promesa de repetirlos en altura.

En el hospital he conocido a algunos miembros más de la expedición.

Marta, guía de montaña. Se enfrenta a su primer ocho mil.

Alberto, ha trabajado como guía de trekking en Annapurna y Everest. También es virgen en el himalayismo.

Jose, el año pasado cayó en una grieta intentado subir el Broad y se salvó de milagro. Este año lo volverá a intentar.

José Ramón Morandeira, médico cirujano, experto en congelaciones. Ha tratado a Carlos de varias de ellas. Velará por nuestra salud en el trekking. El médico en casa.

Por un lado, está el grupo de expedición: Carlos, Jose, Alberto, Santiago y Marta, que intentarán hacer cima. Por otro, el grupo de trekking: Carol, el doctor Morandeira y yo. Nuestra hazaña se cumplirá si subimos hasta el campo base.

Domingo 13 Mayo

Hoy Carlos, Carol, Morandeira y yo vamos a poner a prueba nuestro nivel de entrenamiento en la montaña. Del de Carlos ni hablamos. Más bien se trata de valorar el del grupo de trekking, especialmente el de Carol y el mío.

Subiremos al Moncayo (2.315 metros), un monte que acumula nieve en su cima casi todo el año y que forma parte del Parque Natural de la Dehesa del Moncayo. Otra montaña con tintes mágicos y sagrados desde tiempos de celtíberos y romanos.

La carretera que nos conduce hasta ella atraviesa bosques densos. Encinas, robles, pinos, plantas aromáticas... Kilómetros de verde pasan por delante de mis ojos mientras escucho a *My Bloody Valentine*.

La vegetación es desordenada, pero cada árbol, cada rama, cada hierba, parece estar en su sitio. Siempre he pensado que el caos obedece a un orden oculto.

Al escuchar *Sometimes* no puedo dudarlo. La música se convierte en una sustancia tan densa como estos bosques. Un remolino de guitarras distorsionadas perfectamente calculadas me traga. Atravieso capas y capas de ruido meticulosamente ordenadas hasta que llego a donde no existe el orden y todo resulta inabarcable.

Matemática pura gobernando Babel.

“Close my eyes

Feel me now

I don't know how you could not love me now

(...)”

Melodías delicadas al borde de la quiebra inundan el paisaje. Mi cabeza es un laberinto por el que circulan notas delirantes y delicadas, mientras seguimos atravesando el caos verde.

Llegamos al lugar donde dejaremos el coche.

El tiempo está empezando a cambiar, pero comenzamos la ascensión.

Subimos sin problemas, pero ya casi en la cima tomamos la decisión de empezar a bajar, y rápido. La niebla se está haciendo espesa. No se ve nada que esté a más de tres palmos de distancia. El viento, que alcanza los cien kilómetros por hora, juega a derribarnos.

Han sido tres horas y media de caminata. Para alcanzar el base del Broad Peak tendremos que cubrir etapas de unas seis horas diarias. Aunque a eso hay que sumar la altura y las condiciones climatológicas, pienso que puedo lograrlo.

El precio de la montaña blanca

De vuelta de nuestra excursión, recibimos noticias tristes de otra expedición aragonesa, que trataba de hacer cima en el Dhaulagiri (8.172 metros) en Nepal.

Ricardo Valencia, un alpinista amigo de Carlos que iba a venir con nosotros a Pakistán en junio, y Santiago Sagaste, han muerto sepultados por un alud. La avalancha les sorprendió cuando descansaban en una de las tiendas instaladas en el campo II (6.900 metros).

En el mismo campamento de altura también se encontraban otras dos personas, la austriaca Gerlinde Kaltenbrunner y Javier Serrano, que milagrosamente pudieron salvar la vida.

Nos cuentan que el mal tiempo y el riesgo de avalanchas hacen descartar la posibilidad del rescate de los cuerpos.

Todo está en la mente

El peor enemigo de un hombre puede llegar a ser su propia conciencia.

El de un montañero, también.

Los trastornos psicológicos que se producen como consecuencia de la altura, llevan asociadas alteraciones en la percepción de la realidad que pueden provocar reacciones de indiferencia o de falta de sensación de peligro, dejando al montañero a merced de sus propios delirios.

Todo esto me lleva de vuelta a pensar que todo está en la mente, o más exactamente en ese órgano complejo y fascinante que llamamos cerebro. Lo que somos, lo que creemos, lo que hacemos y lo que decimos, lo que sentimos... todo es dependiente de sustancias químicas, que segrega o deja de segregar nuestro tejido cerebral, y que circulan por complicados circuitos eléctricos.

En el viaje de vuelta a Barcelona leo un artículo que también sitúa a Dios en el cerebro.

La ciencia que lo estudia se llama neuroteología.

Recientes investigaciones han descubierto que en el estado de meditación profunda se desactivan regiones del cerebro reguladoras de la construcción de la propia identidad.

Se podría decir que es en éste área, que se sitúa en el lóbulo frontal del cerebro, donde reside el sentido del yo, donde radica el concepto de individualidad. La reducción de la actividad durante la meditación o la oración tiene como consecuencia la disolución de las fronteras entre el yo y el entorno y conduce a la sensación de comunión con el universo, de pertenencia a la totalidad. Exactamente lo que describen los que alcanzan un estado profundo de trascendencia espiritual o de misticismo.

Uno de los pioneros de la búsqueda de Dios en el laberinto neuronal es Michael Persinger.

El neurocientífico canadiense demostró que al aplicar campos electromagnéticos débiles pero muy precisos en el cerebro la persona experimentaba la presencia de seres sobrenaturales del mismo modo que ocurría a través de las experiencias místicas.

Casos como los éxtasis de Santa Teresa de Jesús estaban inducidos por una epilepsia del lóbulo temporal derecho, algo que se corresponde con el síndrome de Gastaut-Geschwind. También cabe aplicar el mismo diagnóstico a San Pablo, que veía luces cegadoras.

Pero el éxtasis místico no es una patología sino una función más del sistema límbico del cerebro. Las visiones son tan reales para la persona que las sufre que las comunica con tal fuerza de convicción que incluso logra convencer a los demás.

Así se explican también las sensaciones del cerebro al morir; el trance es similar al éxtasis místico, hay hipoxia (falta de oxígeno) y las neuronas quedan desinhibidas al no funcionar las ínter neuronas, así se excita la corteza visual y se tiene la sensación de avanzar por un túnel hacia una luz que brilla al final del mismo.

También es la falta de oxígeno la que lleva a muchos montañeros a vivir experiencias anormales tales como sentir que una presencia invisible les acompaña e incluso les habla.

Pero ya hay quien ha dado otra vuelta de tuerca para afirmar que se puede creer que Dios es una proyección del cerebro humano, pero también creer que Dios puso en el cerebro humano estructuras que nos permitieran conocerle. Una teoría que complace tanto a los ateos como a los creyentes. Aunque, por ahora, no se puede determinar si fue Dios el que creó el cerebro o al revés, sí es posible aseverar que toda experiencia espiritual tiene una base cerebral.

En definitiva, seguimos como al principio.

Pensamos demasiado y nos creemos demasiado.

Lunes 15 Mayo

Hoy, en el entrenamiento, me he visto con más fondo que la semana pasada.

La voluntad, la ilusión y, por qué no, la obstinación por conseguir este reto, están haciendo que cada día gane un poco más en resistencia. No todo es cuestión de fuerza.

Por la tarde recibo una llamada de Carol. Me cuenta que acaba de estallar una crisis política en Pakistán, que se ha saldado con treinta y nueve muertos y ciento cincuenta heridos en Karachi. Es la peor escalada de violencia que ha registrado el país desde que el actual presidente, Pervez Musharraf, diera un golpe de estado en 1999.

Según el diario Dawn *«Parece por momentos que no hubiera gobierno en Karachi y que son los pistoleros quienes dominan la ciudad más grande de la nación»*.

Si se declarase el estado de emergencia tendríamos que suspender nuestro viaje. Sobre todo las mujeres, ya que en situaciones de conflicto suelen llevarse la peor parte.

Me cuentan que, hace años, cuando el país atravesó una situación similar, las mujeres que se encontraban en los campos base tuvieron que huir disfrazadas de hombres.

Una sociedad que no respeta a la mujer (y por extensión al ser humano) y la somete, es mezquina y cobarde. Pero ese es otro tema.

Ahora más que nunca, ese paisaje blanco aparece como la promesa de un espacio a salvo de toda la locura de este mundo. Tengo necesidad de perder de vista el paisaje urbano. Espero que el absurdo no se interponga entre nosotros y una montaña.

Las mujeres como campo de batalla

La mujer en Pakistán cuenta con un solo derecho, el de nacer.

Es la única decisión propia que puede tomar libremente en su vida, porque, a partir de ese momento, sus derechos se acabaron para siempre. Su familia, es decir su padre y sus hermanos varones, es quien tomará las decisiones por ella.

Hablar de la libertad y de los derechos que le corresponden como ser humano, no sólo choca con la legalidad y la religión, sino también con las tradiciones y costumbres de una sociedad como la pakistaní, anclada en la edad media.

En épocas de conflicto armado los derechos humanos de la mujer se ven doblemente violados. Su posición de desventaja en la sociedad la hace especialmente vulnerable.

A menudo, su cuerpo se convierte en un campo de batalla entre hombres.

La Crisis

La crisis judicial de Pakistán se viene gestando desde que el presidente, el general Pervez Musharraf, suspendiera al magistrado jefe del tribunal supremo Iftijar Mohamed Chaudry, el nueve de marzo, bajo el argumento de abuso de poder. Chaudry es considerado el principal opositor al régimen dentro del poder judicial, a raíz de sus continuas denuncias contra el abuso de derechos humanos y la corrupción dentro del ejecutivo. Los críticos señalan que Musharraf, también jefe del ejército, trató de hacer a un lado al juez independiente, para evitar que obstaculizara los esfuerzos del líder paquistaní por prolongar su mandato de casi ocho años.

El presidente Musharraf es un político impuesto por EE.UU. Es su socio y apoyó a éste cuando invadió Afganistán. Hasta aquí ninguna novedad, sólo que esta vez el país implicado es la primera potencia nuclear islámica del planeta. Por ahora, el máximo dirigente se ha negado a declarar el estado de emergencia. Veremos qué pasa en los próximos días.

Martes 16 Mayo

Por la noche llamo a Carlos para ver si hay noticias sobre la crisis.

Cruzo los dedos.

Dice que ha hablado con Pakistán y que los conflictos no han llegado a Islamabad.

De cualquier forma, habrá que esperar. A veces, desde el propio país se tiene menos información que desde fuera.

Hay que tener precaución.

Me cuenta que hace unos años fue secuestrado por la guerrilla durante una expedición en Nepal. Tuvieron que pactar con ellos un auto-rescate para poder marchar. Además de con el dinero, se quedaron con todo el material técnico que llevaban.

Ni el blanco está a salvo

He sabido que las mismas montañas que sueño como un rincón tranquilo a salvo del caos de este mundo son el escenario donde Pakistán, India y China ensayan sus armas nucleares.

Radiación en las cordilleras más altas del planeta.

Va a ser verdad que nada está a salvo de la torpeza del ser humano.

Sábado 19 Mayo

Hoy es un día raro.

Hoy es el funeral sin cuerpo de Ricardo.

Hoy hace un año que murió Aleix.

Hoy es un día con demasiadas preguntas sin respuesta.

Hoy me interno en mí misma, que es donde prefiero estar cuando no sé dónde estar.

Hoy no estoy.

Viernes 25 Mayo

Entramos en la cuenta atrás. Sólo queda una semana.

Vuelvo a Zaragoza para acabar con las pruebas médicas: análisis de sangre, placa de tórax, ecocardiograma, prueba de esfuerzo y test para determinar nuestro perfil de conducta dentro de un grupo. Éste último es para que el jefe de expedición, Carlos, sepa a quién se lleva.

El doctor Morandeira es quien recopila nuestras historias médicas. Él también debe saber a qué posibles males se enfrenta, para llenar su botiquín con pícaras de emergencia. Nos hace saber que estará preparado para cualquier cosa, desde una transfusión de sangre (esto lo dice mirándome), hasta una operación de apendicitis, si se diera el caso.

Me ha bautizado como *«la rebelde asténica florida»*.

A veces, me recuerda a mi padre.

Bajamos a desayunar a la cafetería del hospital.

Jose nos pone al día de la situación política actual en Pakistán. El lunes, intento de golpe de estado. El miércoles, maletín bomba cerca de Cachemira.

Lo que aquí ya sería una auténtica situación de emergencia allí no resulta demasiado anormal. Lo que no deja de ser preocupante.

Después del café cambiamos de tema.

Este año se cumple el cincuenta aniversario de la primera ascensión a la cumbre del Broad Peak, lo que significa que estará concurrido. La previsión es de catorce expediciones.

Le pregunto a Jose por su primer intento al Broad. Fue con Carlos. Él caminaba detrás y cayó en una grieta. Nadie se enteró. Nadie le oyó, a pesar de sus gritos. Fue ya en el descenso, cuando de vuelta vieron un agujero. Allí estaba Jose, literalmente colgado de un abismo. Habían pasado tres horas que parecieron una vida. Cuando habla de ello le cambia el gesto. Creo que no quiere recordar. No pregunto más.

Después, alguien ha comentado algo sobre el funeral sin cuerpo de Ricardo. Acudieron más de mil personas. Lloraba todo el mundo.

Los montañeros discuten sobre los riesgos que se pueden prever y los que no. Carol y yo, escuchamos.

Morandeira, dice que la diferencia entre Carlos y los demás es que Carlos sabe volver porque sabe renunciar.

No hay avance sin retroceso

En el viaje de vuelta a Barcelona sigo leyendo a Reinhold Messner.

Este alpinista italiano, que fue el primer hombre en escalar los catorce mil miles del mundo sin oxígeno, ha sido, además explorador de la Antártida y del desierto de Gobi, escritor de más de cuarenta libros, coleccionista de arte tibetano, promotor de museos, protector del medio ambiente, eurodiputado (por los verdes italianos), fotógrafo, agricultor, ecologista, etc.

Me llama la atención un pasaje, en el que habla sobre la renuncia:

«Aquella retirada era irrevocable. Como una ley. No tenía necesidad de esperar un intento futuro. Aunque ya no hubiese esperanzas, quedaría sin embargo un profundo misterio y con ello un anhelo constante».

Un anhelo constante...

Me gusta dejarme tentar por la curiosidad, embarcarme en historias nuevas sin medir el éxito o el fracaso. Me gusta la vida lejos de lo predecible, de la mera subsistencia porque en realidad, para bien y para mal, lo que más me fascina es lo sobrante, lo que, por alguna razón, no acaba de encajar en la vida.

Desde pequeña comencé la carrera de las carreras a medias. A estas alturas ya me tengo fichada. Nunca seré especialista en nada. Pero nunca aspiré a serlo. Necesito el cambio, meter las narices donde no me llaman. Para mí la vida, entonces, es como el alpinismo: la conquista de lo misterioso. Unas veces se salda con éxito, otras con renuncia.

Messner otra vez:

«Nada de cuanto hasta ahora han realizado los alpinistas habría podido suceder si alguna vez no hubiera sido imaginado, no hubiera sido soñado por un individuo, si alguien con toda la fuerza de su fantasía no hubiese ideado algo que nunca hubiese existido. Ahora bien, esta fuerza sólo puede desarrollarse si uno está abierto a nuevos horizontes.»

Sí señor. Lo realmente emocionante a la hora de emprender una nueva aventura, sea del tipo que sea, es estar abierto a las nuevas perspectivas que vamos a conocer de nosotros mismos. Entre el plan y la realización de ese plan, se extiende un

tramo de vida llena de emoción. Hay que estar preparado para el fracaso pero, sobre todo, para el éxito.

En cuanto al éxito, Messner localiza en él una nueva amenaza para un alpinista. Los llama los roedores de psique. Son los críticos, los envidiosos, los que pueden llegar a conseguir que, poco a poco, un hombre se convierta en otro hombre, aunque se trate de un gran hombre. Los que hacen mella en su fuerza psíquica y en su voluntad de supervivencia.

En su opinión, eso fue lo que debilitó la férrea voluntad de supervivencia de Hermann Buhl, otro gran alpinista de su época, que murió en Karakorum atravesando una cornisa de nieve.

Quién sabe. Lo que parece cierto es que si el hombre se volviera indiferente a todo sería un suicida en potencia.

«Quien desea realizar sus sueños no debe escuchar a los demás, no debe temer el riesgo que entraña cualquier realización de sus sueños, y debe estar dispuesto a dar a cada uno de sus sueños la oportunidad de llegar a realizarse.»
(Messner)

Esa es nuestra libertad. El derecho a escoger y a equivocarnos.

El otro lado

Messner es un lobo solitario. Detesta las manadas y éstas le detestan a él.

Durante años ha hecho frente a quienes le acusaron de abandonar a su propio hermano a una muerte segura en el ascenso al Nanga Parbat, hace treinta y siete años.

«Reinhold siempre dijo que su hermano, afectado de mal de altura, fue arrastrado por una avalancha de nieve durante el descenso, tras alcanzar juntos la cumbre. Pero dos montañistas alemanes de la misma expedición, Hans Saler y Max Von Kienlin, recordaron que el mayor de los Messner, un atleta mucho más formidable que su hermano, había dejado en claro que no quería su compañía en el asalto, y que la aceptó de mala gana.»

Afirmaron, primero en campamentos, luego en salones y más tarde en sendos libros, que la ambición de Reinhold Messner era tan poderosa que durante el ascenso, al comprobar que Günther demoraba su marcha, lo abandonó a una muerte segura.

Messner logró que la justicia alemana prohibiera nuevas ediciones y traducciones de los libros de sus enemigos, pero todos en el ambiente del montañismo conocían la historia.

La personalidad arrogante y ambiciosa del personaje contribuyó a que muchos dieran crédito a la versión de sus ex compañeros de expedición, a pesar de que él adujo que se trataba de celos profesionales, en el caso de Saler, y de otro tipo en el caso de Von Kienlin.

Después de aquella trágica expedición, en la que Reinhold perdió varios dedos de sus pies, Von Kienlin lo invitó a reponerse en su casa. Y allí estaba Úrsula, la bella Úrsula.

Úrsula era la señora de la casa, y como tiene que ocurrir en estas historias, rompió con su marido y se casó con Messner.

A Von Kienlin esto no le gustó ni un poquito, claro, y durante tres décadas se discutió si su testimonio en contra de Reinhold se debía a una vendetta o al deseo de desenmascarar a un hipócrita.

El matrimonio de Reinhold y Úrsula solo duró cinco años.»

(Raúl Fain Binda. Columnista de BBC Mundo)

Sábado 26 Mayo

Por la noche he hablado con mi padre. Me ha dicho que ha leído mi diario y que se ha sentido identificado con mi manía de meter las narices en todo.

También él ha metido las suyas en un buen número de aficiones. Dice que tener una sola te hace esclavo de ella. Estoy de acuerdo. Cuanto más sabe uno de algo, más prejuicios tiene hacia ese algo, ya que con el tiempo buscará la perfección, y la perfección, además de no existir, es aburrida.

Siempre le he admirado por su capacidad de saber encontrar algo con lo que entusiasmarse. Aún en sus peores momentos ha sabido reinventarse. Yo también. Creo que los dos somos supervivientes. Sin desafíos, estamos muertos. Le gusta que sea fan de Messner. Él también lo es.

Lunes 28 Mayo

Ya sólo puedo centrarme en el viaje.

El blanco.

Será como llegar hasta el final de la civilización y volver.

¿Volver del todo?

Martes 29 Mayo

Problemas burocráticos.

A tres días del viaje no tenemos los visados.

La embajada de Pakistán en Madrid pide, a última hora, un permiso para la expedición que tiene que ser enviado desde Pakistán.

Desde Pakistán nos dicen que tardaría tres días en llegar a España. Que vayamos y que nos harán el visado directamente en Islamabad, tal y como hicieron con otra expedición hace unos días.

British Airways dice que no nos deja volar sin visado.

Carlos ha hablado con el ministerio de asuntos exteriores. Están intentando atar cabos.

Yo ya no puedo imaginar que no vayamos.

Miércoles 30 Mayo

Hoy publican una noticia sobre la expedición de Carlos en El Periódico de Aragón.

“Carlos Pauner parte este sábado a su tercer intento de coronar el Broad Peak (8.047 metros), en Pakistán”

Rescato este párrafo:

«(...) José Ramón Morandeira, de la unidad de congelaciones, les acompañará hasta el campamento base, a cinco mil metros de altura, «para asegurar que tienen una buena hidratación y aclimatación, hacer los controles pertinentes y atenderlos en las necesidades médicas que puedan requerir», así como obtener información para estudios técnicos y prestar asistencia a las personas de la zona.

Morandeira viajará, además, con dos personas que inicialmente sufren enfermedades que son invalidantes para practicar el montañismo para estudiar sus condiciones a cinco mil metros y aclaró que no corren ningún riesgo por participar en la expedición. (...)»

Las dos personas que sufren enfermedades supuestamente invalidantes, somos Carol y yo.

A Carol le diagnosticaron fibromialgia, un síndrome sobre el que todavía se sabe muy poco. Su principal síntoma es la fatiga y el dolor muscular generalizado.

Yo tengo talasemia, conocida vulgarmente como la *«anemia del mediterráneo»*.

Es una anomalía que afecta a la producción de hemoglobina normal (un tipo de proteína presente en los glóbulos rojos, cuya función es transportar oxígeno a los tejidos del cuerpo). Hay grados, el mío es el menor. No tiene mayor importancia en la vida cotidiana, y no sería motivo de mención de no ser porque en unos días estaré a cinco mil metros de altura y allí el oxígeno escasea.

En este punto es donde me convierto en objeto de estudio, en ratón de laboratorio. Si mis glóbulos rojos ya transportan menos oxígeno de lo habitual, está

por ver cómo me afecta una atmósfera con la mitad de oxígeno. En teoría, la talasemia no es compatible con la altura. O eso dicen los libros. Pero ya lo dicen otros, no hay enfermedades, sino enfermos.

A estas alturas nada me va a impedir hacer este viaje.

Viernes 1 Junio

Después de un terrible día de estrés, hay buenas noticias. Por fin tenemos los visados.

Mañana estaremos volando rumbo a Islamabad.

Todavía no me hago a la idea, pero ya adivino esa sensación que, al comienzo de un viaje, me hace ver todo como si lo conociera por primera vez.

*“Observe
My obsession
With someone new
Don't feel like someone new
The connection is real
With someone new (...)”*

(«Hallucinations». The Raveonettes)

Cosquillas en la tripa.

Algo nuevo se acerca.

SEGUNDA PARTE

Si no lo contara como fue no serviría de nada.

Sábado 2 Junio. De Barcelona a Islamabad

En el aeropuerto conozco al octavo pasajero. Santiago, ecuatoriano.

Tiene amputaciones en ambos pies. Congelaciones que se trajo del Machu Pichu. Eso no será ningún impedimento en contra de su deseo. Lleva unas prótesis para poder caminar.

Quien no persigue su sueño es porque no quiere.

Lo peor de la vida es no tener un sueño.

Las ocho horas de vuelo Londres-Islamabad pasan rápido. Una película, la cena, duermo un rato y ya hemos aterrizado.

Domingo 3 Junio. Islamabad

Llegamos a Islamabad a las 06.00h.

En el aeropuerto nos espera Nabi. Será nuestro hombre de confianza. No se separará de nosotros hasta que volvamos a coger el avión de regreso.

Al salir a la calle el calor se nos pega. Vamos directos al hotel. Lo que veo durante el trayecto no motiva. Islamabad es una ciudad nueva. Su construcción comenzó en el año 1961 cuando reemplazó a Karachi como capital oficial del país. El paisaje es disperso, horizontal y polvoriento. Todo parece incompleto.

Ya en el hotel, decidimos descansar un rato. A las 13.00h quedamos abajo para ir a comer a uno de los pocos (quizás el único) restaurante de Islamabad donde sirven alcohol, el *Luna Caprese*. Está en una de las zonas con más actividad comercial de la capital. Pedimos cervezas para todos.

Por la tarde hay que comprar un generador para el base.

En Islamabad los comercios se agrupan por gremios. El de maquinaria no despierta mi interés. Sin embargo nosotros, o más exactamente las tres chicas del grupo, sí parecemos despertar el interés de los locales. El doctor dice que nos dirigen miradas *desnudadoras*. Tanta represión no puede ser buena.

Apenas hay mujeres por la calle. Ninguna que no vaya acompañada por un hombre. Sólo una. Pero... es un travesti vestido con sari. Tiene valor. Aquí la homosexualidad está penada con la muerte.

Una vez conseguido el generador volvemos al hotel. No hay mucho más que hacer.

Allí, Morandeira nos nombra a Carol y a mí ayudantes oficiales del médico de la expedición. Cada día todos pasaremos unos controles que determinarán la incidencia de la altura en nuestro organismo; tests acerca de nuestro estado físico y psíquico, pulso, frecuencia cardiaca, tensión, nivel de hidratación...

La participación es voluntaria. Todos hemos aceptado en pro de la ciencia.

El doctor me explica lo que dicen los libros que podría ocurrirle a una persona con talasemia a cinco mil metros de altura. Brevemente: mientras el resto de los presentes en circunstancias normales tienen una concentración de glóbulos rojos de cuatro millones, yo la tengo de cinco millones. Conforme ganemos altura nuestro organismo fabricará más glóbulos rojos para compensar la falta de oxígeno. Esto quiere decir que en el base yo tendré aproximadamente la misma concentración que si estuviera a seis mil metros. Cuanto más densificada está la sangre más peligro de edema.

Solución preventiva: un adiro (ácido acetilsalicílico) al día.

Solución paliativa: edemox (contra el edema pulmonar y cerebral).

Es curioso, a raíz de todo esto he sabido que la talasemia reproduce el mismo proceso que utiliza el organismo para poder vivir en altura.

En ambos casos lo hace para compensar la falta de oxígeno en sangre.

El doctor nos cuenta por qué el ser humano es capaz de respirar en la cima de Everest. En el vientre materno el feto sufre de hipoxia (disminución de oxígeno en los tejidos). En circunstancias extremas, el cuerpo humano recurre a la memoria genética. Y le funciona.

Para rematar la lección menta a Charles Houston: *«De mal de altura mueren muy pocos pero muchos desearían hacerlo»*.

Confío en que nosotros no tengamos que desear tal cosa.

Lunes 4 Junio. Carretera

Hoy salimos hacia Skardu.

Serán veintidós horas de carretera, con parada en Besham para descansar unas horas.

No hemos tenido suerte con el vuelo, que podría habernos ahorrado dos días de viaje. Lleva cinco días sin salir por mala meteorología.

Viajaremos por la Karakorum Highway, la carretera internacional más alta del mundo. Conecta China con Pakistán siguiendo parte de la antigua ruta de la seda.

Los chinos la llaman «*la carretera de la amistad*». Algunos tramos están excavados en la pura roca. Su construcción costó veinte años y, según dicen, una vida humana por cada uno de sus kilómetros.

Lo primero que llama mi atención son los camiones, espectacularmente tuneados. Nunca he visto nada igual. Pintadas con infinita paciencia, en sus carrocerías hay sitio para todo: versos del Corán, referencias futbolísticas, estampas, figuras de animales, crespones de tela, cadenas de colores... son como altares sobre ruedas, el mayor orgullo para un hombre en Pakistán.

Por la ventana abierta escucho cómo se acercan, haciendo sonar las monedas que cuelgan de sus cadenas. Su sonido rítmico nos acompaña, como un mantra, durante todo el viaje. Por el día, imagino caballos con cascabeles. Por la noche, bailarinas que bailan la danza del vientre.

En mitad de la oscuridad recogemos al oficial de enlace. Su misión será controlar que la expedición vaya a la montaña acordada. Al ser una zona controlada por el ejército, es obligatorio que cada expedición viaje con el suyo. Sólo tiene veintidós años. Su inglés es difícil de entender. Demasiado acento paquistaní.

Llegamos a Besham a la 01.00h. Aquí haremos un break de cuatro horas. El hotel parece una tienda de alfombras mágicas en mitad de la nada. Cuando llegamos, no hay luz ni agua.

Martes 5 Junio. Carretera

Despertamos a las 05.00h. Desayunamos huevos fritos. En el comedor hay otra expedición. Son chilenos. Ningún occidental más. A las 06.00h estamos listos para continuar.

Ya solo vemos montañas. Abrir la ventana es como abrir una bolsa de marihuana. Hay plantas por todas partes. Tantas horas de carretera y furgoneta me hacen pensar en músicos en una gira. Cada uno empieza a adoptar un rol dentro del grupo.

Carlos, el líder de la expedición. Según dice él mismo, es vengativo. Tiene paciencia hasta que la pierde, entonces, mejor no estar cerca. Se exige mucho. Es sincero.

Doctor Morandeira, se la trae al pairo todo o casi todo. Se ilusiona como un niño. Excelente humor y excelente sentido del humor. Es difícil mantener una conversación con él, porque está prácticamente sordo. Dice que va a dejar de fumar en cuanto lleguemos a la montaña, pero nadie le toma en serio.

Jose, sereno, en su sitio. Es discreto. Dan ganas de confiar en él.

Alberto, parece ambicioso. Impetuoso. Independiente.

Marta, vivir y trabajar en un mundo de hombres le hace esforzarse para estar a su altura, llegando a adoptar roles masculinos. Personalmente, no creo que ellos estén a una mejor (o peor) altura. Es disciplinada y atenta a las necesidades del grupo.

Santiago, fanático de la montaña. Tiene el objetivo muy claro pero da la impresión de no disfrutar del camino. Parece tener prisa por llegar a su meta.

Carol, conciliadora. La nota más dulce de la expedición. Me puedo adelantar a decir que no lo va a pasar demasiado bien.

Llevamos horas atravesando un desierto interminable de montañas, arena y piedra. Todo es de color gris verde. Las rocas, la carretera, la arena, el río.

Escucho música. «Everyday is like Sunday». Es verdad. Ahora todo parece un domingo radiante. El aire es tan limpio que me atrevo a respirar más hondo.

Pienso en qué escucharán los demás. Pregunto. El grupo es de lo más variopinto. Marta, Fito Páez. Alberto, Scissor Sisters. Carlos, Metallica. Santiago, Tracy Chapman. Jose, Carol y el doctor viajan sin música. Carol dice que ahora escucharía a Calamaro. El doctor dirige orquestas invisibles como si le fuera la vida en ello. Jose duerme.

Son las 23.00h. La carretera nunca acaba. Nuestro promedio de velocidad es de veinte kilómetros por hora. El último tramo serpentea por un precipicio. Todo está oscuro. Mejor no ver. Ha empezado a llover. Pinchamos una rueda. El oficial de enlace está k.o. Ya podría caer una bomba que no se enteraría de nada.

A quince kilómetros de Skardu, un puente colgante cerrado por viento nos impide continuar. Después de media hora nos dan vía libre. A la velocidad a la que vamos todavía tardaremos casi una hora en llegar.

Miércoles 6 Junio. Skardu

Hoy pasamos el día en Skardu. Otra ciudad-pueblo en mitad de la nada. Fue fundada por Alejandro Magno. Ahora, es la capital del Baltistán. Para nosotros es nuestra última cama, nuestra última ducha, nuestro último w.c.

La expedición aprovecha para revisar los bidones de carga donde se porteará la comida.

Por la tarde, vamos al bazar. Últimas compras.

Por la noche, barbacoa *american style* en el jardín. No entiendo cómo precisamente a esta gente le gusta imitar ese rollo. Comemos carne que no logro identificar.

Jueves 7 Junio. De Skardu a Askole

Me despierto a las 05.00h y ya no puedo dormir. Busco al cocinero para que me haga café. Estoy impaciente por lo que nos espera. Desde hoy, dormiremos en tiendas y desde mañana, el único medio de transporte serán nuestros pies.

Salimos en jeeps hacia Askole, el último pueblo que veremos. Está habitado por tan sólo ciento veinte familias de la secta Shia, la más conservadora que tiene el Islam en Pakistán. Allí, comenzaremos nuestro trekking.

Tras ocho horas de carretera polvorienta y de baches imposibles, llego en un estado lamentable. Lo único que puedo hacer nada más pisar el suelo es vomitar y vomitar hasta que ya no tengo nada. Decenas de niños y de hombres se arremolinan frente a mí para observar la escena. No me importa. No tengo fuerzas. Ni siquiera puedo levantar la vista para mirar una segunda vez.

Me meto en la tienda y ya no me muevo. No puedo. El doctor, al que Santiago ha rebautizado como el Doc, me pone una inyección y me hace tragar medicamentos varios. Me duermo dudando de si mañana tendré fuerzas para comenzar a andar.

Viernes 8 Junio. De Askole (3.000 mts) a Jhula (3.200 mts)

No he pegado ojo. He tenido pesadillas raras. Quizás por la fiebre.

Me levanto sin fuerzas. Estoy deshidratada y me duele la cabeza.

En la tienda comedor debatimos sobre mi estado.

Está claro que no es mi mejor momento, pero es peor pensar en quedarme aquí.

Tengo que hacerlo. Tengo que salir con ellos.

Me enfrento a la idea de seis horas de caminata hasta Jaula, donde nos espera el próximo campo. La digiero y partimos.

Camino con Marta. Un paso y después otro, hasta que ya no pienso en nada que no sea caminar. Ando como una autómatas. Sé que si un pensamiento acerca de mi estado cruzara por mi cabeza, no podría continuar. Atravesamos un paisaje desértico. Todo es marrón. La arena. Las piedras. No sé cómo aguanto, pero lo hago. Marta me anima. Eso me da fuerzas.

Sábado 9 Junio. De Jhula (3.200 mts) a Paiyu (3.600 mts)

He dormido bien. Marta y yo, que compartíamos tienda, nos separamos ayer. Ahora tenemos una para cada una. Son las 05.00h. El resto de expediciones ya han salido. Tengo ganas de empezar el día. Me siento recuperada.

Camino. Encuentro mi ritmo. Cada uno tiene el suyo. Es como aprender a tener convicciones propias y vivir conforme a ellas. Seguir los pasos de otro hace el camino más largo.

Me aílo evitando distracciones, canalizando la fuerza. La concentración es vital en mi sistema. Mi mente llega hasta donde mi cuerpo no puede. Las piernas, los brazos, la respiración, el pensamiento, todo está dentro del mismo ritmo. Ya no hay nada más.

Llegamos a Paiyu a las 14.00h. La jornada, según lo previsto, ha sido de seis horas caminando. Desde lejos distingo árboles cargados de polen que flota en el aire.

Éste es el único campo donde veremos verde. También hay agua corriente. Aprovecho para lavarme el pelo de una forma rudimentaria: cubo y jarra. Me parece la ducha de mi vida.

Es curioso cómo aquí las pequeñas rutinas, a las que no damos importancia, se convierten en prioridades y cómo las preocupaciones cotidianas pasan a ser cuestiones que no pesan nada.

Los porteadores han declarado el día festivo. Están agotados y quieren un día entero de descanso en Paiyu. En silencio, aplaudo su propuesta. La siguiente es una de las etapas más largas y duras del trekking. Entraremos en el glaciar de Baltoro.

Por la noche, celebramos el cumpleaños de Carlos. Rebuscamos alguna cerveza en los bidones de comida. Hasta caliente está buena. Gulam, el cocinero, ha hecho una tarta.

A las 21.00h ya estamos cada uno en nuestra tienda. Detrás de la mía hay una mezquita improvisada. Alguien reza. Lo oigo tan cerca que abro la tienda y me asomo. Está ahí sentado, con las piernas cruzadas y la mirada perdida. Parece que canta. Es bonito. Suena como una nana.

Domingo 10 Junio. Paiyu (3.600 mts). Día off

He dormido de lujo ¿sería por la nana?

Hoy pasaremos todo el día en Paiyu.

Por la mañana aprovecho para lavar alguna camiseta. Estamos a tres mil seiscientos metros y cualquier movimiento extra, como subir una pequeña cuesta, empieza a suponer un esfuerzo. También reírse un buen rato te deja sin fuerzas, aunque es bueno porque oxigena.

Gulam nos hace pizza para comer. O más bien una versión libre de la pizza. Sardinas, atún y otras cosas que no logro identificar. Sabe buena.

En la sobremesa, el Doc me cose las ampollas de los pies. Las atraviesa y ata el hilo. De esta forma, el hilo irá drenando el líquido, impidiendo que la ampolla se reproduzca. Un sencillo y gran invento. Al vernos, los porteadores dan por abierta la consulta y pronto bloquean la entrada de la tienda comedor. Se ve de todo: heridas feas y muy feas, muelas corroídas, dolores de cabeza y, en general, males menores de altura.

El Doc reparte medicinas. Vemos que el adiro empieza a escasear. Hay una pequeña discusión. Compartir está bien, pero nadie quiere quedarse sin su dosis.

Santiago trae unas cartas para jugar al mus. Cada carta tiene un mensaje. Por turnos, sacamos una. Leo la mía: «ninguna circunstancia podrá limitar tus metas».

Me gusta. Los dejo jugando. Nunca he sido amiga de los juegos de mesa. Me parecen de abuelas.

Me voy a la tienda a leer un rato. Huele a hoguera y corre una brisa fresca. A lo lejos, se oye la actividad del campo que despierta con la caída del sol. A pesar del calor, del frío, de la ausencia de comodidades o de la suciedad, me siento como en casa. El resto queda ya muy lejos.

Esta noche los porteadores hacen su fiesta. Cantan y bailan hasta muy tarde. Desde la tienda, tengo la rara impresión de estar en África.

Lunes 11 Junio. De Paiyu (3.600 mts) a Urdukas (4.000 mts)

La de hoy es una de las etapas más duras. Abandonamos la arena para entrar en el glaciar de Baltoro. Hielo, rocas y una altura acusada. A partir de ahora hay que caminar despacio y beber mucha agua, para aclimatar bien.

Avanzamos por encima del glaciar. Hielo con miles de años de edad. El blanco donde todo empieza. Veo ríos con cauces de hielo. Veo las grandes montañas, que rugen cuando escupen piedras. Me paro y todo es un inmenso silencio que me traga. Mi respiración nunca había llegado tan hondo. Siento cómo el aire llena todo mi cuerpo.

Camino sin mirar demasiado lejos. El horizonte sin fondo me resta fuerzas. Si hubiera visto todo el camino que hoy nos espera, mi moral se hubiera venido abajo. Prefiero caminar y no pensar. Ir cubriendo pequeñas etapas sin calcular el final.

Llevamos diez horas andando. Calor y rocas. Un inmenso desierto de rocas. Las pendientes a cuatro mil metros me obligan a dar pasos muy cortos. No puedo más. Un pórtier nos dice que sólo queda una hora. Tengo que poder más.

Llegamos a Urdukas a las 16.00h. Estoy reventada. Los chicos nos esperan. Carol y el Doc llegan tres horas más tarde. Más reventados todavía. Carol está sufriendo a cada paso un esguince de tobillo mal curado. Carlos les acompaña. Les bautizamos las nancys primeros pasos.

Cada uno ya ha encontrado su ritmo. Jose, Alberto y Santiago rápidos y en cabeza. Después Marta y yo, a ritmo lento pero constante, sin paradas. Los últimos, Morandeira, Carol y Carlos.

Estoy contenta de estar cumpliendo con este enorme reto. El resto del grupo siempre me ayuda. Estoy a gusto con ellos. Aquí, contrario a lo que pueda parecer, no encuentro tiempo para pensar. Utilizo todas mis fuerzas en concentrarme y en aguantar. Todavía no tengo síntomas de altura. Excepto un ligero dolor de cabeza y los pies machacados, me siento con fuerzas.

Es de noche. El cielo desde aquí es inmenso, y está plagado de estrellas que nunca veo en la ciudad. Pienso en la posibilidad de que alguien muera sin ver jamás un cielo así. El pensamiento me parece aterrador. Lo abandono.

En el aire flotan partículas minerales que, a la luz de las lámparas de gas, brillan como si fueran de plata. Respirar esto día y noche hace que nos sangre la nariz y nos lloren los ojos. Los cierro. Escucho un arroyo que baja directo del glaciar, y avalanchas de roca y hielo que parecen caer sobre nosotros.

Hace días que no pienso en nada viejo.

Martes 12 Junio. De Urdukas (4.000 mts) a Goro2 (4.500 mts)

Nos levantamos a las 06.30h. Me lavo los dientes con agua con tang de la cantimplora. No hay otra. A estas alturas odio el sabor del tang.

Carol amanece enferma.

El líder plantea dos opciones. O salimos nosotros y se unen después si se recupera, o todo el grupo de trekking (Carol, el Doc y yo), deberá separarse del grupo de expedición para, seguramente, emprender camino de vuelta.

Después de todo el esfuerzo que he invertido, el planteamiento me sienta como una bofetada.

Mi primera reacción es de alarma. ¿Y si tuviera que abandonar después del esfuerzo que he hecho? En este momento soy consciente de lo difícil que resulta meterse en la piel del otro.

Carol decide que esperará una hora, y que saldrá con Carlos y el Doc a nuestro encuentro. Doy gracias por su valiente decisión. Ahora puedo seguir con el grupo de expedición. Como ya es habitual, Marta y yo caminamos juntas. Se ha convertido en una buena aliada. Me enseña cómo andar por la montaña. Es guía de montaña y se nota. Tiene paciencia.

Hoy, la música me acompaña. Ipod. Modo aleatorio. Cada tema marca el ritmo de mi respiración y también el de mis pasos. Con Junior Boys atravieso un río de hielo. Con Dntel nos cruzamos con la expedición coreana que va al K2. Con Jarvis Cocker veo por primera vez el K2. *This is hardcore.*

Llegamos a Goro1. Los porteadores están allí sentados, cuando nuestra parada era en Goro2. Algo pasa. Gulam nos dice que Carol está peor. No ha podido salir de la tienda. El Doc, que ya había salido hacia Goro2, ha tenido que dar la vuelta a mitad de camino y regresar a Urdukas.

De golpe se forma un pequeño caos. Los porteadores discuten ya que la situación requiere dividir la carga y que algunos de ellos vuelvan a Urdukas, con tiendas y comida, para los que se quedan.

Tensión. Incertidumbre. No sé si tendré que volver. No quiero. No después de tanto esfuerzo. Recuerdo aquel pasaje acerca del abandono que escribió Messner, y soy consciente de que abandonar ahora requeriría más esfuerzo que seguir. Es cierto, la renuncia es un gesto más desinteresado.

También pienso en Carol. Me tranquiliza que esté con el Doc, pero sobre todo que esté con Carlos. Es el mejor apoyo que puede tener.

Gulam recibe una nota de los porteadores. Está escrita por Carlos. Dice que se quedan en Urdukas y que yo puedo seguir con el grupo de expedición hasta el base.

Respiro. En estos momentos sólo puedo pensar en llegar. Aunque eso sea más fácil que abandonar.

Continuamos camino. Atravesamos una mole de hielo regada por las piedras que escupe la montaña. Por fin me invade el blanco de un aire tan puro que me cuesta respirarlo. A nuestros pies todo es agua congelada, nada. Siento una extraña felicidad que viene de esa nada.

Llegamos al campo de Goro2.

Aquí no hay vida. Solo hielo y roca. Estamos a cuatro mil quinientos metros. Me duele la cabeza. El aire está raro. Quizás sea la falta de oxígeno. Quizás las ausencias.

Esperamos la cena en la tienda comedor. Alberto pone unos baffes pequeños conectados a su mp3. Suena Àme. La música se vuelve paisaje y el paisaje música.

Mañana saldremos a las 05.00h rumbo al base. Última etapa.

Me gustaría que Carol se recuperase y que pudiéramos encontrarnos todos allí.

Voy a mi tienda a tirarme un rato. El frío sube desde el glaciar y se cuele por el suelo. Tengo que ponerme dos capas de ropa térmica, dos forros polares, plumas, gorro, guantes... nada es suficiente. Aún así, estoy contenta de cómo voy aclimatando.

Pienso que todas las metas son alcanzables. Se trata de encontrar el sistema y el ritmo. Sigo pensando en el ritmo.

En la cena un pórtier llega con noticias: el grupo de trekking se retira. Quizás tengan que llamar al helicóptero para bajar. De golpe me invade la nostalgia y tengo ganas de llorar.

Ahora me preocupo. Por ellos y por mí. Pienso en su decepción. En que no estaremos todos juntos allí arriba. En los cinco días de bajada que tendré que afrontar sola. Por primera vez tengo miedo y siento que la ansiedad asoma. Respiro.

Hablo con el grupo y con el oficial de enlace, que propone buscar una expedición con teléfono satélite para llamar a Carlos. Me conduce hasta la tienda comedor de una expedición de americanos y canadienses. Tienen satélite. Consigo hablar con Carlos. Carol está un poco mejor. Mañana intentarán salir hacia aquí. Si no consiguen llegar, quiere que yo siga con el grupo de expedición. Me alegro de que me lo diga. Si no hubiera sido así yo se lo hubiera pedido.

Ahora, me aferro a la posibilidad de que vengan, de encontrarnos con ellos en dos días en el base. Eso me anima bastante. Son fuerzas para afrontar la dura etapa de mañana. De cuatro mil quinientos, a cuatro mil novecientos metros. El mal de altura acecha. Aunque mi aclimatación hasta ahora ha sido buena, nunca hay que confiarse.

Miércoles 13 Junio. De Goro2 (4.500 mts) al campo base Broad Peak (4.900 mts)

Salimos y, al poco rato, ya no puedo más. Maldigo el trekking que Carlos bautizó como el «*más bonito del mundo*». Piedras, piedras y más piedras.

Esto no es un trekking. Esto no es bonito. Es una marcha de aproximación para alpinistas o, en su defecto, una oportunidad para medir los límites de cada uno. Para mí es lo segundo, y así lo tomo.

Antes de venir, mi padre me dio un consejo: «*En la montaña, cuando ya no puedes más, tienes que poder más*». Cada día es así.

Empiezo a notar la altura. Mis sentimientos están a la que salta. Paso del cabreo a la melancolía, de la euforia a las ganas de llorar. Quizás por lo absolutamente vulnerable que me siento aquí. Estoy a merced de este paisaje muerto, donde la única salida posible son otros 5 días a pie por rocas y hielo. Sé que no me puedo permitir el lujo de que me pase nada, pero me duele todo.

Busco mi sistema para salir del bache. Música. Con «Sunday 3 a.m.» (The Dude) todo se vuelve etéreo. «23 minutes in Brussels» (My Robot Friend) hace que caminar por las piedras sea, de pronto, un trabajo menos duro. Cuando aparece Morrissey, todo brilla y es positivo.

Todo está en la mente. Las piernas, el corazón, los pulmones, no sirven de nada si la mente no dice adelante. Tengo que ser como estas rocas del camino. Sustancia inerte que aguanta cualquier circunstancia. No siente, no piensa, no sufre. No es nada.

He llegado al base. No me lo creo. Casi no reacciono. Hoy soy incapaz de hacer nada más. Los chicos montan las tiendas. Me meto en la mía y ya no salgo para nada. Hace muchísimo frío. Me tomo un lorazepan y desaparezco.

Jueves 14 Junio. Campo base Broad Peak (4.900 mts)

Amanece en el base. No lo imaginaba así. Esto es la nada más incómoda al final del mundo. Frío, mucho frío y rocas. Una extensa morrena sin señal alguna de vida. En frente, el Broad Peak. Al fondo, el K2.

He dormido gracias a la química, pero el dolor de cabeza me taladra. Después de tanto esfuerzo, me pregunto qué rayos hago aquí. No hay noticias de Carol, Carlos y el Doc.

Qué impotencia que no haya forma de comunicarnos. Dos días a pie nos separan.

Estoy inquieta, de mal humor. He llegado, ¿y ahora qué?

Después de desayunar, voy con el oficial de enlace y con Santiago hasta la única expedición que hay en el base además de la nuestra, para ver si tienen teléfono satélite.

Desde aquí, vemos sus tiendas al final de la morrena, pero nos separan cuarenta minutos a pie de ida y otros tantos de vuelta. Ayer gasté mis fuerzas, y sólo pensar en otra marcha me altera el humor. Una vez más tengo que poder. Sin pensar. Las cosas aquí siguen siendo así todo el tiempo.

Llegamos. Es una expedición servia. Tienen satélite, pero Carlos parece estar desconectado. El viaje ha sido inútil.

Regreso a nuestro campamento desilusionada, cansada, preguntándome qué narices pinto aquí donde todo es tan poco amable, cuando podía estar debajo de un cocotero.

Se aproximan nubes y hace viento. Quizás nieve.

Al llegar, les explico la jugada al resto y me voy directa a la tienda. Tengo ganas de llorar. Me siento impotente, confundida, cansada. Sola.

Tanto esfuerzo y aún no he podido disfrutar de un solo día desde que esto empezó. No tengo ganas de nada. Sólo estoy tirada dentro de mi saco. La tienda es un caos absoluto, pero me da igual. ¿Para qué he llegado hasta aquí? Lo único que se me ocurre pensar, es que a partir de ahora puedo conseguir cualquier cosa, y que por eso tengo que pensar muy bien qué es lo que quiero.

En nuestro campamento proponen una opción alternativa al satélite. Enviarles una nota con los porteadores que bajan del K2 hacia Concordia.

La escribo. El tono no es muy delicado. Les digo que si Carol y el Doc finalmente no pueden subir, me gustaría que me esperasen en alguna de las etapas para bajar juntos. Que estoy hasta las pelotas de este trekking de mierda.

Creo que ahora que he conseguido mi objetivo, mi paciencia se ha desarrollado. Además, la altura me está alterando los estados de ánimo.

Después de comer Gulam comenta que, si finalmente no vienen, quizás yo pueda bajar con uno de los porteadores que vienen del K2. No me hace ninguna gracia. Además de no pertenecer a nuestra expedición (con lo que me arriesgo a que se le cruce el cable y me deje tirada), seguramente no habla ni una palabra de inglés. No podría comunicarme con él en cinco días.

Me encierro en la tienda a pensar. Ni pienso ni duermo. No soy capaz de ver nada claro. Todo es confuso, complicado. Escucho correr agua por una pequeña grieta debajo de mi tienda. Después, una avalancha lejana y las voces del grupo que discute sobre la táctica de ascensión al Broad.

Estoy encogida y al borde del sueño cuando oigo voces nuevas. Son porteadores y traen noticias. Carol y Carlos están subiendo a Concordia. Hoy estarán aquí. El Doc hará noche en Concordia y llegará mañana. Al parecer, comenzaba a sufrir la altura.

Ni siquiera soy capaz de alegrarme. Aquí todo fluye lento y espeso. Cambiar de sentimiento también lleva su tiempo.

Todavía me quedo un rato inmóvil dentro del saco. Todo pesa. Pienso que no sirve de nada adelantar acontecimientos, que debería de haber tenido la cabeza más fría. Pero aquí todo se escapa al control.

Confío en que, mañana, mi ánimo se haya apaciguado.

Carol y Carlos llegan en mitad de la ventisca. Carol llega llorando. No soy la única que ha tenido un mal día.

Tomamos cerveza en la tienda comedor para celebrar su llegada. Cada vez nieva más. Vienen días de mal tiempo. La rutina en estos casos es tienda comedor-tienda personal-tienda comedor-tienda personal, y así hasta que el tiempo quiera.

Cenamos arroz, chapati y la cabra que mató Gulam anoche. Un ratón se pasea por la tienda comedor. Ya hemos visto varios esta tarde. Sólo espero que no vengan al calor de mi saco. Bromeamos sobre las comodidades de este trekking. La aventura perfecta para recomendar a tu peor enemigo. Nos reímos.

Le pido a Gulam que me llene el termo con agua caliente para meterlo dentro del saco. Me acuesto más tranquila. No tengo dolor de cabeza ni ningún otro síntoma de altura.

Doy vueltas encima del hielo que tenemos por suelo hasta que me duermo.

Viernes 15 Junio. Campo base Broad Peak (4.900 mts)

Me despierto con un horrible dolor de cabeza. No puedo ni toser. Tengo los ojos hinchados y un dolor fuerte en el esternón. Abro la tienda y todo está nevado. Desayuno y tomo pastillas para el dolor de cabeza. Vuelvo a la tienda hasta que la química haga su efecto. Ha empezado una ventisca. Estoy inmóvil. Parece que mi cuerpo hubiera dejado de obedecer a mi mente. Pienso en una ducha caliente, en una cama.

Frío, viento. Parece que la tienda va a salir volando.

Sale el sol y yo salgo de la tienda. La tregua dura muy poco. Pronto, nueva ventisca.

Con ella llega el Doc y, con él, su botiquín de los milagros.

Después sabré, por él mismo, que no fue la altura lo que le animó a hacer noche en Concordia.

“Cumplí uno de mis objetivos en esta expedición, quedándome a dormir en Concordia, rodeado de aquel nudo infinito de montañas, en compañía del espíritu de siete de mis mejores amigos, que perdieron su vida en ellas. Amigos en cuya memoria, no pude ir a depositar al pie de la pirámide-memorial Gilkey el recuerdo que les llevaba (un porteador lo hizo por mí), porque las noticias que me llegaban del Campo Base del Broad, me hacían temer que Nona, afectada por la altura, sufría un mal de montaña que precisaba de mis cuidados”. (Morandeira)

Sábado 16 Junio. Campo base Broad Peak (4.900 mts)

Hoy me encuentro mejor. Habré dormido unas doce horas. Con ayuda química, claro. Dormir aquí es otro reto.

Ayer el Doc me dio edemox. Tenía los párpados muy hinchados por el edema. He tenido hormigueos en las piernas, en las manos y en los labios. El Doc dice que es el hedemos, que está haciendo circular la sangre. No me gusta esa sensación. Bromeamos sobre la cantidad de drogas que estamos tragando. Orfidal, ibuprofeno, lorazepan, edemox, adiro, primperan... y almax para contrarrestar.

El Doc sigue con sus experimentos. Esta tarde ha querido sacarnos sangre a todos. Jose ha sido el primero. No había goma para atar al brazo y no le encontraba la vena. Le ha quedado un tanto perjudicada. Nadie más se ha prestado. Los resultados de mi saturación de oxígeno en sangre son mucho mejor de lo que predecían los libros (78%).

Sigue nevando, y la temperatura cada vez es más baja. Las predicciones para los próximos días no anuncian nada nuevo. Sigue sin llegar ninguna expedición más. La niebla se ha cerrado y ya no vemos ni el K2 ni el Broad.

Cada vez tengo menos ganas de comer, pero me obligo. El organismo desgasta mucho aclimatando. Sigo tomando edemox. Quiero volver a mi estado natural.

Carlos dice que la meta de un alpinista no es la cumbre, sino descender de ella. Así que nuestra meta no es el base, sino bajar de él. Por suerte, tengo las mismas ganas de bajar que las que tenía de subir. Mañana nos vamos.

Estoy harta del frío, de no hacer nada, de las náuseas, de la comida (sobre todo de la cabra), del agua de color gris que bebemos de una charca, del sabor del tang y de las pastillas potabilizadoras, de las piedras, de no poder lavarme, de los ojos hinchados, de los remedios químicos, de las tiriteras, del caos de mi tienda, del claustrofóbico saco de momia...

Desde que llegué al base, casi no soy capaz de pensar. Sólo voy asumiendo las circunstancias de cada día, que casi siempre son las mismas. Tumbada en la tienda, entro en una especie de letargo. Pienso en una acción, pero el cerebro parece estar congelado. Me quedo quieta y ya no pienso. El termómetro de mi saco marca los 0°. Fuera estamos muy por debajo.

Domingo 17 Junio. Del base (4.900 mts) a Goro2 (4.600 mts)

Todo empieza de nuevo, pero al revés.

Amanece nevado, pero tranquilo. Hoy, dejamos a nuestros compañeros. Esperando a que el tiempo les de una tregua para atacar su meta: ocho mil cuarenta y siete metros.

Despedidas y buenos deseos para todos. Una foto de grupo para enviar a la prensa.

Cuando llegamos a Concordia, comienza una ventisca que ya no nos deja.

Camino por delante de Carol y el Doc hasta que los pierdo de vista. De pronto, me asalta una duda ¿y si me he perdido? No veo a nadie. Grito. No hay respuesta. Mi imaginación inventa películas en las que no salgo muy bien parada. La respiración se acelera ¿y si no es éste el camino? Todo es igual mire donde mire. Nieva. Hace viento. Sólo escucho mi aliento. El resto es todo silencio. Vuelvo sobre mis pasos. Pasado un rato alcanzo a verlos. Salvada.

Llegamos a Goro2 congelados. Carol no se encuentra bien. Vomita.

Yo toso. Me duelen los bronquios.

Lunes 18 Junio. De Goro2 (4.600 mts) a Urdukas (4.000 mts)

Amanece nevado, pero enseguida sale el sol. Eso me anima.

La etapa de hoy es más corta y el terreno menos duro.

Hoy me siento con ganas de caminar. Mis bronquios parecen recuperados.

Por el camino pienso en todas las cosas que me gustan de mi vida. Lo que sobra es poco y fácil de descartar. Desde esta perspectiva veo las cosas más claras.

Llevo horas andando sola por este paisaje de piedra y hielo. He vuelto a perder de vista a Carol y al Doc. Ahora tengo un sistema. Cuando creo que he perdido la pista busco papeles de caramelos. Los hay de todos los colores y sabores a lo largo del camino. La gente pierde los papeles en todas partes.

Antes de llegar a Urdukas me cruzo con una expedición. Me invitan a beber algo. Tomo un té, charlo y continúo. Hoy me siento en forma.

Al final de la etapa se hace difícil reconocer el camino. Seguir el rastro de los papeles de caramelo ya no funciona. Pronto se me presenta otra opción. Un par de tipos, uno surafricano y otro americano, aparecen de la nada. Me uno a ellos. Caminan rápido. Me cuesta seguirlos, pero si no lo hago podría perderme en el glaciar. Cuando ya alcanzo a ver Urdukas, me permito bajar un poco el ritmo.

El campo está repleto. Hay mucha más gente que a la subida.

Enseguida localizo a mis porteadores. Ya han montado las tiendas. De golpe, el tiempo cambia. Se desata una tormenta de polvo, de ese polvo que por la noche brilla como la plata. Después nieva. Vuelve el frío. Espero a Carol y al Doc en la tienda comedor, mientras tomo café y galletas. La batería de mi ipod se acaba y ellos llegan.

Carol y yo pasamos la tarde de charla en la tienda. No se puede hacer otra cosa. Disfrutamos del momento. Por circunstancias, esta expedición no nos ha dado muchos ratos que compartir. Carlos llama al teléfono satélite que lleva Carol. Dice que no para de nevar y que no le gusta el aspecto de la montaña. Siguen esperando a que cambie el tiempo.

A las 19.00h cenamos. Sopa, arroz, cabra, chapati y una innovación: ensalada de rábano blanco y guisantes. Pensé que, al bajar del base, nos libraríamos de la cabra pero no ha sido así ¿será otra, o es que parte de aquella viaja con nosotros?

Después de la cena nos vamos a dormir.

Un pelma toca la guitarra y canta. Pienso que no estamos de campamentos. A ver si se calla. Mañana toca diana a las 05.00h y otra de las etapas más duras.

Martes 19 Junio. De Urdukas (4.000 mts) a Paiyu (3.600 mts)

Amanece nevado pero despejado. Antes de salir, el Doc reparte drogas “*altamente seleccionadas*” en la tienda comedor. Chute de terbasmin turbunalar para los bronquios, y en marcha.

El camino se hace infinito. A ratos, voy sola. A ratos, algún pórter me acompaña. Son atentos. A veces se paran para ver si puedes cruzar un río o saltar una grieta. Con veinticinco kilos auestas, sorprende que se preocupen por otra cosa que no sea su espalda. La suya es una vida dura. Son viejos prematuros. A menudo, cuando se cruzan conmigo, me repiten: «*Good member!*».

Pienso en las cosas que ahora mismo echo de menos. Todas son cosas sencillas.

El horizonte engaña. Cuando parece que has llegado, falta tanto todavía. Cuando llego no lo creo. Lo que me costó once horas de subida, me ha costado ocho de bajada.

El campo de Paiyu está abarrotado de expediciones y de trekkers. En el transcurso de una semana han llegado todos. Antes estábamos prácticamente solos.

Dos horas después, llegan Carol y el Doc.

He descubierto que soy más fuerte de lo que pensaba. No sé cómo ocurre pero pasa. Quizás necesito llegar al límite para comprobarlo. Sí, creo que a veces me pasa. Los términos medios no me provocan. Necesito el desafío.

Miércoles 20 Junio. Paiyu (3.600 mts). Día off

Volvemos a pasar el día en Paiyu. A los porteadores les gusta descansar aquí. A mí también.

Aprovecho para volver a lavar algo de ropa y tomar una ducha de cubo y jarra.

Leo, escribo y estoy. Estoy a gusto. Pájaros negros sobrevuelan nuestras cabezas, sorteando copos de polen blanco. Muchas de las expediciones que había ayer se han marchado.

Pronto corre la voz de que el doctor ha vuelto, y en seguida estamos rodeados. Alguien viene a pedir ayuda para un pórter que tiene la pierna rota. Acompaño al Doc a verlo. Entramos en el chamizo donde vive. Una tienda improvisada con techo de plástico y mantas en el suelo es todo. Esta gente no tiene nada. Yo tengo más de lo que puedo necesitar.

Jueves 21 Junio. De Paiyu (3.600 mts) a Jhula (3.200 mts)

El camino es el mismo todos los días. A veces desierto. A veces luna. Siempre vacío, muerto. Después de seis horas, llego a Jhula.

En este campo no hay ni un alma. Soy la primera. Los porteadores no han llegado. No me queda agua y el calor es insoportable. No hay tiendas donde cobijarse, ni té, ni nada que quite la sed. Me acurruco a la sombra del único arbusto que he encontrado y espero.

Hoy tengo ganas de acabar con esto.

Viernes 22 Junio. De Jhula (3.200 mts) a Askole (3.000 mts)

Último día de trekking.

Camino con Furman delante. Es el ayudante de cocina. Dicen que es corto mental. A mí es el que mejor me cae. Tiene nombre de fakir.

Paramos a beber té. Nos encontramos con un grupo grande. Es la expedición de Edurne Pasaban con el equipo de «*Al filo de lo imposible*» de TVE. Les pido que me hagan una foto con Furman. Hablamos un rato y tomamos té y galletas.

Después del break salgo con Sulfi, el cocinero.

Él va por delante dibujando el camino. Aparece y desaparece como un espejismo que baila bajo el sol. Aquí todo es duro como las piedras del camino. Arena hirviendo. Viento seco. Agua turbia. Pielas oscuras. Hombres jóvenes que son viejos. Mujeres recogidas. Burros cansados. Cabras famélicas. Horizontes que tiemblan de calor. Figuras que parecen y no son. Paisaje vertido hacia adentro, calado de gris del cielo al suelo.

Mi aguante en este final de etapa ha pendido de un hilo. Llego literalmente al límite de mi resistencia. La temperatura de hoy ha sido de 48°.

Askole es una explanada polvorienta donde tampoco hay agua. Un niño surge de la nada con una coca-cola. Me la bebo de un trago. Espero a que lleguen Carol y el Doc. Con un poco de suerte no tendremos que dormir aquí. Hay un jeep disponible.

Sábado 23 Junio. De Askole a Skardu

El jeep está siendo mucho más soportable esta vez. En la carretera busco distracción. Juego a recordar. Puedo oler el recuerdo. Es la primera vez en días que pienso en algo viejo.

Una hora antes de llegar a Skardu tomamos un pequeño desvío para dejar a Nabi en su casa. Es una casa grande rodeada de vegetación. Su pequeño oasis. Nos invita a tomar té y moras recién cogidas del jardín. Su padre y su hijo nos acompañan. Su mujer no. Nos despedimos hasta el miércoles.

Ya en el hotel de Skardu satisfago mis necesidades más básicas: comida, ducha y cama. También cargo mi ipod. Hemos vuelto a la civilización.

Mañana, con suerte, volaremos rumbo a Islamabad ahorrándonos los dos días de tortuosa Karakorum Highway.

Como dicen aquí todo el tiempo, *Inshalah* (si Alá lo permite).

Domingo 24 Junio. De Skardu a Islamabad

Hoy salimos de Skardu. En media hora sabremos si en avión o en furgoneta. Cincuenta minutos de vuelo o dos días de carretera. Pienso que vamos a tener suerte.

11.20 am

Alá está con nosotros. Escucho a Pixies mientras sobrevolamos desiertos de ocre y marrón y montañas de cumbres nevadas. A la izquierda una mole emerge de entre las nubes. Es la montaña desnuda, el Nanga Parbat.

Volver a Islamabad es como volver a casa.

Lunes 25 Junio. Islamabad

Hoy tenemos que ir al *Alpine Club of Pakistan*, que es donde se registran oficialmente todas las expediciones. Es una formalidad con la que hay que cumplir antes y después de cada incursión en la montaña. Yo, como líder al azar del grupo de trekking, tendré que firmar el fin de la nuestra. Aparte de esto tendremos que inventar algo más que hacer.

Decidimos ir a la mezquita. El cielo es gris. El monzón está cerca. Un cartel en la puerta anuncia que la entrada está negada a las mujeres que no sean puras y que no vistan decorosamente. Carol y yo nos cubrimos la cabeza. Todos dejamos nuestro calzado en una consigna. Andamos descalzos. El aire asfixia y el suelo abrasa. Las mujeres entramos por otra puerta. Va a dar a un pequeño rincón separado del resto de la sala. Nos miran mal. Salimos. Un policía me quiere echar por enseñar los brazos. Me siento mareada. Nos vamos. Qué lejos estamos de todo esto.

Martes 26 Junio. Islamabad

Un día más en la ciudad de cielo gris. El aire es pegajoso. Las nubes parecen no soportar por más tiempo el peso del monzón. Visitamos el jardín de rosas y jazmines. Nadie aguanta el calor. Diluvio.

Buscamos refugio en el Marriott, un hotel de cinco estrellas donde se come de lujo. Para nuestra sorpresa no hay cerveza. Después compramos algunos regalos. Yo elijo unas pelotitas de goma amarillas con cara de smiley. Sé que no es lo que se dice el típico recuerdo de Pakistán. Quizás lo sea este diario.

Mañana regresamos a España. Tengo ganas. Tengo planes.

Miércoles 27 Junio. Regreso

Día de aeropuertos. De despedidas y de esperas.

En el avión de vuelta selecciono un documental de Kaiser Chiefs y otro de The Killers. Se nota que estamos a bordo de la British. Vuelo hacia mi realidad que no es la realidad. A mi lado el Doc escucha el canal de clásica y vuelve a la dirección de orquestas invisibles mientras repite en voz alta «*un genio, un genio*», refiriéndose a Mozart. Los vecinos de asiento miran. Les devuelvo la mirada.

Me gusta la gente que se emociona con la música. Y admiro a los que expresan sin tabúes sus sentimientos.

Yo ya estoy en otro sitio. Vuelo con la música y con la sensación de levedad que me provoca el vino. Pienso que el mundo es siempre el mismo. Pero también, que hay tantos como personas. Basta una nueva forma de interpretarlo para convertirlo en un lugar donde todo está por llegar.

Nada nuevo me espera y, sin embargo, siento que vuelvo al punto de partida y lo reconozco por primera vez.

Jueves 12 Julio. Noticias de cima

Ayer 12 de Julio, Carlos y Santiago cumplían su reto y su sueño.

Por fin, pisaban la cima del Broad Peak.

Para Marta, Jose y Alberto no ha podido ser esta vez, pero una retirada a tiempo es también una victoria. Ahora no me cabe la menor duda.

Para mí han pasado los días justos para llevarse de la memoria cualquier mal recuerdo.

El balance de este viaje alucinante a un confín del mundo es absolutamente positivo.

He aprendido que mi límite está justo en el lugar donde mi mente es capaz de llegar y que, en cualquier momento, puedo convertir el presente en un evocador espacio en blanco.

En blanco de Nona Rubio se acabó
de imprimir un 9 de abril de 2009 en
Sansueña Industrias Gráficas de Zaragoza,
y no era fácil distinguir sus páginas de
las blancas flores del cerezo que
anunciaban un tiempo
mejor.